

Entre Coca-Cola y Pepsi:

La democracia liberal en el fin de la historia (1991-2020)

Fecha de Recepción: 26 de enero de 2021

Fecha de Aprobación: 10 de junio de 2021

Resumen: A la luz del concepto histórico de democracia, en el presente artículo se analiza la esencia de la democracia liberal en el periodo que se define como el «fin de la historia» (1989-2020). Se busca describir el funcionamiento clásico del modelo político hegemónico, mostrando cómo éste se caracteriza por la elección de alternativas impotentes para transformar la realidad sustancialmente en un marco histórico donde parece no haber alternativa. Esto explica que las alternativas más radicales, tanto desde la izquierda como desde la derecha, no han cuestionado los principios básicos de la democracia liberal. Se entiende que este fenómeno se explica por una articulación histórica que se caracteriza por la crisis económica del modo de producción capitalista, expresada en la creciente hegemonía de la especulación como dinamizador económico, y la crisis superestructural de la alternativa socialista, la cual, entre otras razones, nace de una lectura superficial de la experiencia del socialismo real.

Palabras clave: Crisis capitalista, Posmodernismo, Socialismo, Teoría democrática.

Abstract: In the light of the historical concept of democracy, this article analyzes the essence of liberal democracy in the period defined as the «end of history» (1989-2020). It seeks to describe the classic functioning of the hegemonic political model, showing how it is characterized by the choice of powerless alternatives to substantially transform reality

Agustín Casanova

Licenciado en Ciencia Política y Sociología por la Universidad Federal de Integración Latinoamericana (Brasil) y Magister en Economía Mundial por la Universidad Rusa de Amistad de los Pueblos (Rusia). Actualmente es Doctorando en Estudios Contemporáneos por la Universidad de Coimbra (Portugal) e integra el Grupo de Investigación: Mariátegui y el socialismo indoamericano. Se especializa en: Teoría e Historia del Socialismo; Teoría de la democracia; y Pensamiento político latinoamericano.

in a historical framework where there seems to be no alternative. This explains that the most radical alternatives, both from the left and the right, have not challenged the basic principles of liberal democracy. It is understood that this phenomenon is explained by a historical articulation characterized by the economic crisis of the capitalist mode of production, expressed in the growing hegemony of speculation as an economical booster, and the superstructural crisis of the socialist alternative, which, among other reasons, is born from a superficial reading of the experience of real socialism.

Keywords: Capitalist crisis, Democratic theory, Postmodernism, Socialism.



1. Introducción

Octubre del año 2020, el Movimiento al Socialismo (MAS) triunfa en las elecciones nacionales bolivianas con el 55%. Sus militantes, eufóricos, celebran la «recuperación de la democracia» tras el golpe de Estado de noviembre de 2019 contra Evo Morales –líder histórico del MAS–. Por otro lado, los golpistas, lejos de asumirse como tales, se autoperciben como quienes «salvaron la democracia boliviana» de la tiranía de Morales. Si un extraterrestre llegara a Bolivia, sería complicado explicarle que estamos ante dos bandos que se acusan de lo mismo que no asumen. Es cierto que Bolivia puede no ser el mejor ejemplo de democracia –entendida en términos liberales–, pero, este caso ilustra cómo, en nuestra época, el concepto de democracia se encuentra en la base del consenso colectivo de nuestro tiempo. ¿Qué es la democracia? Democracia tiene varias definiciones dependiendo del interés que yace detrás, hasta el propio nazismo alemán, basándose en la concepción de Carl Schmitt (1990), se asumía como democrático; pero aquí,¹ en el consenso occidental del siglo XXI, la definición preconfigurada es la que asume la democracia en su acepción liberal tardía, caracterizada por la elección ciudadana de gobernantes dentro de sociedades ontológicamente capitalistas. En este artículo, a la luz del concepto histórico de democracia, discutimos la naturaleza de la democracia liberal en el periodo que llamamos el *fin de la historia*, léase, el que transcurre desde 1991, año de la caída de la Unión Soviética, hasta 2020.²

1 Es cierto que dentro del MAS existen visiones marginales que cuestionan la democracia liberal desde otras perspectivas. Pero, dicho esto, el caso concreto de Bolivia no es objeto de análisis detallado en este artículo, tan sólo un ejemplo para demostrar la penetración ideológica de la democracia liberal.

2 Usamos hasta el año 2020 porque la crisis del coronavirus puede transformar radicalmente el mundo como lo conocíamos. Si no fuese por este evento, no hubiésemos colocado un año determinado como fin del periodo. Por este motivo excepcional, el texto tiene una periodización histórica mientras conserva el tiempo presente en el análisis.

¿Por qué justificamos analizar la ontología de la democracia liberal en nuestro tiempo? En primer lugar, debemos notar que es un tema poco investigado comparado con la relevancia que tiene. La democracia es asumida axiomáticamente como liberal, cualquier alternativa a ella es calificada de dictadura –basta ver el célebre índice sobre regímenes democráticos de *The Economist* (2018)–. La ciencia, para no caer en la enajenación que produce la fragmentación, además de estudiar con minuciosidad los casos particulares, debe realizar miradas críticas desde un enfoque que contemple la totalidad de éstas; en este caso, analizar la democracia liberal a la luz de la democracia histórica –entendida como la sociedad donde el poder popular, además de formal, es también real–. En segundo lugar, la comprensión de la realidad que emerge de la crítica la requerimos para pensar las grandes transformaciones que la humanidad necesita. Es moralmente criticable que, en un tiempo donde el progreso técnico permite videollamadas intercontinentales, existan casi 1.000 millones de personas con hambre. La ciencia no debería ser insensible a esa realidad.

Yendo a cuestiones técnicas, en primer lugar, formulamos la pregunta central como: α) ¿cuál es la esencia de la democracia liberal en el fin de la historia?; y, como preguntas específicas: β) ¿cuál es la forma clásica que caracteriza la democracia liberal? y γ) ¿cuáles son sus amenazas más radicales? En segundo lugar, definimos como objetivo central: α) analizar la esencia de la democracia liberal durante el fin de la historia; y, como objetivos específicos: β) describir el funcionamiento clásico de la democracia liberal e γ) identificar las alternativas más radicales que se han presentado durante este periodo. Y, por último, fundamos la hipótesis central en que α) la democracia liberal es la forma política propia de un tiempo configurado por una doble crisis, donde el capitalismo sufre una crisis infraestructural y, su alternativa clásica, el socialismo,³ una crisis superestructural; y, como hipótesis específicas, sostenemos que: β) la democracia liberal se ha tornado un mecanismo de elección entre alternativas que no se diferencian esencialmente y que γ) las amenazas a la democracia liberal han sido impotentes para superarla, ya que, condicionadas por sus principios liberales, son incapaces de proyectar una alternativa radical, deseable y viable.

Emprendemos el artículo con un marco conceptual, donde se analiza el concepto de democracia, así como se realiza una contextualización histórica y se argumenta sobre el uso del concepto de fin de la historia. Luego, continuamos describiendo el funcionamiento clásico de la democracia liberal en el tiempo histórico que nos compete. Proseguimos describiendo

3 Usamos el término «socialismo» como sinónimo de «comunismo». Siguiendo a Lenin (2017), entendemos el socialismo como la primera fase del comunismo en palabras de Marx.

las amenazas más radicales, las cuales se clasifican en a) la de la izquierda participacionista, asociada a lo que sería una profundización de la democracia liberal; y b) la de la derecha ensimismada, la cual se retroalimenta viendo inexistentes amenazas «socialistas y/o comunistas» a la democracia liberal. Luego, desarrollamos la doble crisis que explica el fenómeno, la cual nace de la crisis infraestructural del capitalismo y la crisis superestructural del socialismo. Y, por último, en las consideraciones finales, desarrollamos la síntesis, planteando nuevos problemas a analizar ulteriormente.

2. Marco conceptual

2.1. La democracia: Un tipo de sociedad

Huelga decirlo, la etimología de democracia es «gobierno o poder de la mayoría o del pueblo». En su origen, caracterizó a una forma política de la dictadura esclavista ateniense, caracterizada por la participación directa del señorío en los asuntos de gobierno. Podemos entender la compatibilidad de este caso concreto con la etimología, si se tiene en cuenta que a la mayoría esclava ni siquiera se la consideraba parte del colectivo social. Luego, con el fin de la antigüedad, la democracia perdió su expresión histórico-concreta para ser una utopía donde las clases populares ostentarían el poder. De hecho, *Utopía*, la clásica obra de Tomás Moro (2009), es un ejemplo de lo que se entendía por democracia en el siglo XVI. El especialista canadiense Crawford Macpherson (1997: 20) sostiene que el pensamiento político occidental, previo a la emergencia de la sociedad capitalista, interpretaba a la democracia como «[...] *el gobierno de los pobres, los ignorantes y los incompetentes* [...]». Ya en los siglos XVIII y XIX, la burguesía, en su lucha contra la nobleza, se apropia de la idea de democracia; subordinándola a los aspectos liberales de su ideología, la convierte en una forma de gobierno de la sociedad de mercado. Es decir, una expresión política de lo que esencialmente es una dictadura de la burguesía. En un primer momento, esta democracia liberal fue revolucionaria, siendo fundamento del colapso de los residuos feudales que se conservaban en el absolutismo. Aunque luego, ya con el capital consolidado en el poder político, la democracia liberal se tornó, primero, reformista y, luego, conservadora. En algún sentido, Macpherson (*op. cit.*) argumenta este tránsito hacia la moderación cuando la clasifica en tres modelos sucesivos: a) la democracia liberal como *protección* ante los embates del absolutismo; b) la democracia liberal como *desarrollo* del individuo y c) la democracia liberal como *equilibrio* entre élites.

En síntesis, teniendo en cuenta que la democracia es un tipo de sociedad donde el pueblo tiene el poder, podemos afirmar que ésta sólo podría germi-

nar en sociedades sin clases. Así, la democracia liberal, como forma capitalista, no puede ser sinónimo de un verdadero régimen democrático. Cuando Thomas Piketty (2020), el prestigioso economista francés, que no es un autor anticapitalista, sostiene que la desigualdad amenaza la democracia, apoya de alguna forma la dirección de esta definición. Defender la compatibilidad de la democracia con el capitalismo implica, en última instancia, reducir la cuestión del poder a un formalismo absurdo. Ejemplificando caricaturescamente, es suponer que Carlos Slim, el magnate mexicano, con sus casi sesenta mil millones de dólares (El País, 2020b), tiene el mismo poder que Guadalupe Hernández, una vendedora de elotes en la Alameda Central de la Ciudad de México,⁴ porque ambos tienen un voto. Esta constatación, en absoluto, implicaría desconocer que, de todos modos, la democracia liberal es una forma más democrática que la forma dictatorial de la dictadura del capital, sólo busca mostrar su incompatibilidad esencial. Una definición precisa de democracia se encuentra en la que Abraham Lincoln, el Presidente que acabó con la esclavitud en los Estados Unidos, conceptualizó en el Discurso de Gettysburg, cuando dijo que la democracia es «[...] *el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo* [...]» (Lincoln, 2000: 91).⁵

2.2. El fin de la historia: El consenso del tiempo

En 1989, en el contexto del colapso de las experiencias socialistas en Europa, Francis Fukuyama escribe su famosa tesis acerca del fin de la historia: «[...] *Lo que podríamos estar presenciando no sólo es el fin de la guerra fría, o la culminación de un período específico de la historia de la posguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano* (Fukuyama, 1990: 6-7)».

Desde la izquierda se suele criticar la tesis del filósofo liberal de origen japonés por ser una especie de propaganda conservadora, algo que puede ser cierto. No obstante, desde nuestra perspectiva, su tesis no deja de ser muy interesante, no porque el capitalismo haya triunfado definitivamente, sino porque sus ideas sintetizan de forma lúcida el espíritu ideológico de un tiempo histórico determinado. Es decir, no estamos en el fin de la historia, pero estamos en un tiempo donde creemos que estamos en el fin de la historia. Esto es especialmente claro cuando vemos la incapacidad de la izquierda de proyectar programas realmente revolucionarios. Por ende, en el presente artículo usamos el concepto de fin de la historia como referencia al periodo histórico 1989-2020.

4 Guadalupe Hernández es una persona ficticia creada con el apellido y el nombre más común en México. Véase Galán (2017) y El País (2020a).

5 Traducción propia del idioma inglés.

3. Centrar el centro

En la democracia liberal, durante el corto siglo XX –usando el concepto de Hobsbawm (1995) para referir al periodo comprendido entre 1914 y 1991–, en los Estados occidentales donde ella se desarrollaba, la derecha ofrecía una variante conservadora del statu quo, contestada por una izquierda que, siendo una crítica sistémica, ofrecía una variante reformista del capitalismo (que tuvo gran éxito en el periodo de posguerra) o una superación revolucionaria (sin suceso, salvo casos puntuales). Esa dinámica generada en torno a ese tipo estándar de sistema de partidos políticos, cuando colocaba a la estructura capitalista como problema, promovía un compromiso democratizador de las masas con la política –a pesar de que eso no implicaba que se tratara de una democracia en el sentido estricto del concepto–. Con el fin del socialismo real, el capitalismo, que dejó de ser el problema para ser un presupuesto, tornó a la alternativa de izquierda en una mera variante en la gestión de la misma forma de capitalismo. La transformación de la izquierda en una alternativa más es descrita de modo exquisito por el filósofo contemporáneo Sandino Núñez (2009: 145): «[...] hace mucho que la izquierda ya no es un sujeto que decide, sino una mera alternativa electoral. Ya no es la clave crítica que permite organizar la tradición política del occidente republicano moderno, sino que es una tradición más, entre otras. Ya no es un lenguaje sino una voz. Ni más ni menos que otras voces, tan lícita como cualquier otra en el campo indecible de la democracia electoral. Lo lógica electoral arrasó a la política, el apetito arrasó al deseo».

También, la transformación de la democracia liberal en competencia desideologizada entre gestores la podemos constatar desde el ángulo de la literatura de la ciencia política contemporánea y hegemónica. Los politólogos anglosajones Richard Katz y Peter Mair sostienen que los partidos políticos de las democracias liberales occidentales han evolucionado hacia la formación de partidos cartel, los cuales operan compitiendo en una carrera por ser los mejores gestores del Estado: «[...] Con el surgimiento de los partidos cartel, se inicia un período en el que los fines de la política, al menos por ahora, se hacen más auto-referenciales, y la política deviene una profesión en sí misma –una profesión cualificada, claro está, y en la que la competición partidista limitada que se produce se basa en la lucha por convencer al electorado de que el partido en cuestión es la opción que garantiza mejor una gestión más efectiva y eficiente» (Katz; Mair, 2004: 29).

Este movimiento de la democracia liberal, que la torna una mera elección entre gestores, como si fuera elegir entre Coca-Cola y Pepsi, se expresa simultáneamente en un vaciamiento de contenido político. Por ende, la elección pierde su contenido decisorio, siendo una especie de ajuste de

un mismo rumbo que, desde un tecnicismo administrativo, sería el único correcto. El célebre intelectual Immanuel Wallerstein, referencia en el estudio de los sistemas-mundo, resume con claridad el patrón de los modelos democrático-liberales del fin de la historia: «*La situación estándar es aquella en que hay dos partidos dominantes –uno situado un poco hacia la derecha del centro y otro un poco hacia la izquierda del centro. Hay diferencias entre las políticas que estos partidos emprenden cuando están en el cargo, pero hay enormes similitudes. La elección nunca refleja una división política profunda. Más bien se trata de recentrar el centro –que debe considerarse el punto de apalancamiento en el subibaja entre partidos*» (Wallerstein, 2012).

La esencia de este argumento, aunque con desacuerdos en los aspectos superficiales, también la avizoramos en los conceptos del filósofo político estadounidense, Michael Hardt, y su par italiano, Antonio Negri, cuando sostienen que: «*[...] en el neoliberalismo triunfante la distinción entre izquierda y derecha es sutil y flexible. La izquierda defiende el Estado de bienestar hasta que su coste no incida demasiado sobre la deuda pública, es decir, sobre la voluntad de mantener el orden jerárquico de la sociedad; y la derecha lo desmantela mientras el orden público y la seguridad no estén en peligro [...]*» (Hardt; Negri, 2011).

Al no decidir nada sustancial, la democracia liberal del fin de la historia, naturalmente, genera un descontento que se expresa en una profunda apatía política de parte de la población. Esto es medible en la participación en las elecciones. Poniendo el ejemplo de la democracia liberal estadounidense, el caso más simbólico, reparamos que aproximadamente la mitad de la población habilitada no sufraga en las elecciones. La participación en las presidenciales de Estados Unidos desde 1989 ha sido de 55% en 1992, 49% en 1996, 51% en 2000, 57% en 2004, 58% en 2008, 55% en 2012, 55% en 2016 y 68% en 2020.

En síntesis, la democracia liberal del fin de la historia profundiza radicalmente el carácter conservador que comenzó a tomar el sistema con la crisis estructural del capitalismo de los años setenta. Como la burguesía, la noción de democracia liberal pasa de la revolución a la conservación. En términos más concretos, ese tránsito hacia la conservación se expresa en que el espacio político se torna progresivamente un proceso administrativo para elegir élites que gestionen el gobierno. Nada muy extraño, si reparamos que, de hecho, esta definición constituye ontológicamente la sistematización que el distinguido economista austriaco Joseph Schumpeter (1961) realizó en 1942 para referirse a la democracia de los modernos –y que, en el fin de la historia, se ha tornado la más aceptada, casi oficial, por la gran mayoría de científicos sociales contemporáneos del espectro liberal-conservador–.

4. Las amenazas impotentes

Sin la Unión Soviética, la alternativa socialista quedó huérfana. El comunismo perdió el respaldo material y/o simbólico que proporcionaba la obra de la Revolución de Octubre. Una parte marginal de la izquierda radical sigue reivindicando la experiencia socialista del siglo XX. No obstante, una nueva «izquierda radical» –la que no se encuentra en las organizaciones clásicas de la socialdemocracia– se desentiende de la experiencia socialista. Concretamente, se adhiere a la crítica liberal sobre la falta de «democracia» en el socialismo real, se opone al rol de la vanguardia política y a la centralidad de la clase obrera. Muchas veces, acoplándose al anticomunismo, compara las experiencias socialistas con los fascismos más oscuros de la historia, En lo económico, rechaza la planificación centralizada de la economía y niega la necesidad de estatizar el conjunto de medios de producción. Para ella, la democracia liberal no es una forma de la dictadura de la burguesía –de hecho, ya ni usa la categoría burguesía–, sino una democracia insuficiente que debe ampliarse. Se presenta como defensora de la democracia ante lo que considera el peligro fascista desde la extrema derecha. La tesis central para transformar la realidad se asienta en la radicalización de la democracia liberal mediante la participación política de las masas en instancias que exceden las elecciones periódicas. Esa forma de entender la democratización incluye la agenda de derechos de género y la incorporación de las minorías sexuales y raciales. Como consecuencia de la crisis de la primera década del siglo XXI, esta nueva izquierda, muchas veces calificada como populista –ha tenido una presencia importante en Europa– Podemos (España), Francia Insurrecta (Francia), Syriza (Grecia), etc. –y en América Latina– Movimiento al Socialismo (Bolivia), Alianza País (durante el liderazgo de Rafael Correa) (Ecuador), Morena (México), Partido Socialista Unido de Venezuela (Venezuela), etc.–. Podríamos llamar a este fenómeno como la amenaza *participacionista* a la democracia liberal del fin de la historia.

¿Constituye una amenaza el participacionismo a lo que es la hegemonía de la democracia liberal? En algún sentido se ha convertido en una amenaza, ha colocado cuestiones profundas en el debate. No obstante, revela, en mayor medida, una consolidación de la democracia liberal. La integración de la crítica sistémica a lo que es «el sistema» es un gran triunfo para el mismo. Sumado a eso, encontramos el quid de la cuestión en que el programa de esta nueva izquierda, al negar la estatización, se torna impotente como anticapitalista. ¿En qué sentido? En que, sin estatizar, la única posibilidad es la manutención de la propiedad en manos privadas, lo que, consecuentemente, implica la preservación del mercado, de la acumulación privada y de

las clases sociales definitorias del capitalismo. El «socialismo del siglo XXI» ha intentado superar la dicotomía estado-privado con la fórmula de las cooperativas, lo cual, además de no ser una superación en el sentido de que las cooperativas son también empresas privadas, termina siendo inviable en la gran mayoría de los casos por la incapacidad de competir que tienen las pequeñas empresas en un capitalismo dominado por los monopolios.⁶

Esto, evidentemente, genera que la nueva izquierda, luego de haber generado gran entusiasmo, se torne decepcionante para las masas. Lo vemos en los resultados electorales. En Grecia, en 2019, Syriza perdió el gobierno que había conseguido en las elecciones anteriores. En España, el partido Podemos recorre un retroceso electoral constante (a pesar de haber conseguido participar en el gobierno actual como principal aliado socialdemócrata del Partido Socialista Obrero Español). En Venezuela, la crisis económica dejó atrás en el tiempo las constantes consultas que se realizaban en el periodo de Hugo Chávez. En Bolivia, el Movimiento al Socialismo, como las organizaciones políticas de la derecha clásica,⁷ se legitima por los buenos índices macroeconómicos. En síntesis, la amenaza *participacionista* se ha convertido en un actor más de la democracia liberal conservadora y vacía del fin de la historia.

Siguiendo el raciocinio de Piketty (*apud* Pinheiro, 2020), que dice que «[...] *La política poco osada de la izquierda favorece la derecha autoritaria* [...]»,⁸ sostenemos que el fracaso del *participacionismo* impulsa una nueva amenaza a la democracia liberal desde la derecha. En el fin de la historia, en la extrema derecha ocurre una lógica semejante a lo que acaece en la izquierda. La vieja derecha radical se desdobló durante el fin de la historia en dos vertientes. Por un lado, notamos una vertiente que se ha mantenido leal a su tradición antiliberal en lo político y lo económico. Ésta, en gran parte por las prohibiciones legales, tiene una expresión muy marginal. Mientras que, por otro lado, avizoramos una vertiente novedosa que está adquiriendo influencia global. Es la perteneciente a los neonacionalismos, libertarismos de derecha (anarcocapitalismo, minarquismo, paleolibertarianismo, etc.) y fundamentalismos religiosos⁹ aglutinados en un frente contra la agenda de derechos.¹⁰

6 Sobre la propiedad estatal en la noción de «socialismo del siglo XXI» puede verse Casanova (2017).

7 El MAS-IPSP (2020) en su programa de gobierno sostiene que la estabilidad económica en términos capitalistas es uno de los grandes logros de su gestión en el gobierno de Bolivia.

8 Traducción propia del idioma portugués.

9 La derecha tradicional es nacionalista y religiosa, pero no liberal. Lo nueva derecha, a la cual referimos, se diferencia justamente por esa mixtura entre lo liberal y lo conservador.

10 La discriminación positiva, que incluye la agenda de derechos, es un problema complejo. A primera impresión, los cambios son positivos; no obstante, la fragmentación impide pensar

Diferenciándose de su antecesora, esta nueva derecha radical se considera consecuentemente liberal –por citar el ejemplo portugués, el Partido Chega, en sus estatutos, se propone «[...] como finalidad la defensa de la democracia política [...] [y] la defensa del Estado mínimo [...]» (Chega, 2021). Esta derecha critica la moderación de la derecha tradicional. No niega ni el liberalismo económico ni la democracia liberal, sino que sostiene que éstos están en crisis por el exceso de «socialismo» o «populismo». ¿Y la «Caída del Muro de Berlín? El oficialmente «Muro de Protección Antifascista» de la República Democrática Alemana parece haber caído cuando conviene. Cuando quiere decir que el socialismo no funciona, esta derecha se acuerda de él. Cuando analiza los males del capitalismo, el muro es olvidado.¹¹ Ese mecanismo es muy útil políticamente, ya que permite responsabilizar a su enemigo de sus propias miserias. Por poner un primer ejemplo concreto, Venezuela vive una crisis de hiperinflación que ha devastado su economía, eso es usado por la derecha para justificar que el socialismo no funciona, siendo, justamente, la inflación, un fenómeno propio de una economía monetario-mercantil. Es decir, que los defensores del capitalismo digan que el socialismo no funciona por una crisis monetaria es, mínimamente, inconsistente.¹² Un análisis lógico diría que la crisis monetaria demuestra que Venezuela tiene una formación social esencialmente de tipo capitalista. Por poner un segundo ejemplo concreto, el derechista Jair Bolsonaro, el presidente brasileño, dice que el gobierno del Partido dos Trabalhadores fue «comunista» y que los argentinos eligieron el «comunismo» en 2019 (apud Andina, 2020). Teniendo en cuenta que esta derecha utiliza las categorías sin ningún rigor, el diálogo con ella se torna bastante complejo. En este sentido, podríamos decir que estamos ante una derecha *ensimismada*.

¿Constituye una amenaza la derecha ensimismada a lo que es la hegemonía de la democracia liberal? Es un proceso que está en curso, pero no parece ser una verdadera amenaza. Primero, porque simplemente no pre-

la transformación de base. Generando, muchas veces, resentimiento en las masas que no son privilegiadas por ninguna particularidad. Ese fenómeno es parte de la explicación por la cual podemos entender el creciente carácter popular de la propuesta antipopular de la derecha.

11 Al «muro» lo estamos citando en forma metafórica, pero existen ejemplos directos de esta falta de rigurosidad e inconsistencia. Un ejemplo lo encontramos en el economista anarcocapitalista Javier Milei, candidato a diputado por la Ciudad de Buenos Aires para las elecciones legislativas de Argentina de 2021, quien, por un lado, dice (apud La Nación (2020)): «[...] cuando ese muro de mierda [de Berlín] se cayó, aplastó a los zurdos de mierda, porque ese modelo fue un fracaso en lo económico, en lo social y en lo cultural [...]». Es decir, el socialismo fue una experiencia del pasado que ha dejado de existir. Mientras, por otro lado, dice (Milei apud Duclos (2017)), «[...] La definición que le di al PRO [el partido de derecha que lidera el expresidente Mauricio Macri] es el socialismo amarillo [...]». Es decir, el socialismo no cayó, hasta presente hasta en la derecha tradicional.

12 «[...] La emisión monetaria [...] genera un proceso inflacionario [...] El análisis de la situación económica de Venezuela nos muestra que el socialismo es un modelo fracasado que genera pobreza y grandes distorsiones allí donde se aplica [...]» dicen Echarte, Martínez y Zambrano (2018: 80).

tende acabar con la democracia liberal. En todo caso, esta nueva derecha quisiera sacar del juego de la democracia liberal a los partidos de izquierda revolucionaria. Pero eso es algo que no tiene mucho sentido en la práctica, ya que ellos tampoco constituyen una gran amenaza. Por ejemplo, en Ucrania, la ultraderecha prohibió a los partidos comunistas (Белкин, 2015), una acción simbólica, sin dudas, pero, sin ser el comunismo una opción, no tiene un significado sustancial. La prohibición del comunismo fue central cuando existía la posibilidad real de una revolución socialista, no tiene tanto sentido en el fin de la historia. Sumado a eso, su propuesta ultraliberal es impracticable, lo cual condena a que el entusiasmo inicial como alternativa sistémica se agote rápidamente. Es decir, un programa ultraliberal generaría una catástrofe social que sería contraproducente para sus intereses. Además de ello, la presencia estatal, más que algo que opere contra la economía de mercado, es lo que permite su realización. Por ejemplo, Bolsonaro llegó a la Presidencia con un programa privatizador que no puede realizar, no por voluntad, sino porque es impotente de hacerlo, ya que no es sencillo privatizar empresas deficitarias –que lo son, como regla, no por mala administración, sino por la naturaleza de sus funciones, léase ofrecer servicios sociales que los privados no tienen interés en proporcionar, léase también suministrar insumos que permitan la rentabilidad de las empresas privadas–.

En suma, la democracia liberal no se ha enfrentado a serios desafíos en las últimas décadas. Los intentos más «radicales», tanto desde la izquierda como desde la derecha, parecen ser impotentes como alternativa radical a la democracia liberal. Ambos se definen como defensores genuinos de la «democracia». Parte mayoritaria de la vieja tradición de izquierda revolucionaria se socialdemocratizó, mientras que el grueso de la derecha radical no llega a lo que fue el activo conservadurismo antiliberal de los fascismos del siglo XX. Lo que vendrá luego de estos fracasos es algo imposible de pronosticar a ciencia cierta. Desde nuestra perspectiva, la tendencia ulterior –ante la incapacidad propositiva de la izquierda– no parece ser la radicalización, sino una nueva moderación. Algo como lo que ocurrió en Grecia, donde «la radicalización en la moderación» –caracterizada por el auge de Syriza y Amanecer Dorado¹³– fue sustituida por una nueva fase de «moderación en la moderación».

13 Amanecer Dorado, como organización neonazi, es un partido de derecha radical clásico en los términos del siglo XX que no aplica precisamente en la categoría de derecha ensimismada que desarrollamos previamente.

5. La doble crisis

La democracia liberal del fin de la historia es la forma política de un mundo sumido en dos crisis de diferente naturaleza, las cuales, combinadas en un tiempo histórico concreto, se retroalimentan peligrosamente formando una sola gran crisis que pone en riesgo la supervivencia de la civilización humana en el largo plazo.

La primera es la crisis infraestructural del modo de producción capitalista. ¿En qué consiste esta crisis? Básicamente, el capitalismo, en su lógica competitiva, incorpora el progreso técnico a la producción, incrementando la composición orgánica del capital. En palabras menos técnicas, esto significa que, debido a la tecnología, el trabajo humano reduce su dimensión en su relación con los medios de producción. El problema de este fenómeno es que, como la ganancia depende del trabajo al ser parte de la plusvalía, la incorporación de tecnología, cuando reduce la magnitud relativa del capital variable (es decir, de la fuerza de trabajo o del trabajo vivo), reduce también la tasa de ganancia –este proceso estructural es constatado por Marx (2009) en la ley de la *baja tendencial de la tasa de ganancia*–. Así, con la reducción de la ganancia en la producción, el capital migra hacia la especulación, donde no se produce riqueza. Esa migración, asimismo, forma una bola de nieve, donde el capital especulativo se retroalimenta incesantemente. ¿Por qué? Porque el capital especulativo tiene una base real, cuando su magnitud crece sin el respaldo material, el riesgo aumenta, lo cual eleva el interés, seduciendo a que más capitales productivos migren hacia ella. Así, tenemos un capitalismo donde el capital ficticio crece a ritmos vertiginosos mientras la producción de riqueza vegeta a su lado. En 2019, los derivados financieros –o sea, la especulación– ascendía a 558 billones de dólares, más de seis veces el PBI mundial (87 billones de dólares) (Cobarrubia Gómez, 2020).

En ese contexto, la burguesía especulativa,¹⁴ representada por una banca ultraconcentrada, se apodera de la democracia liberal, vaciando el limitado contenido político que tenía antes del fin de la historia. No precisamente porque exista una presión en las sombras sobre los Estados –la cual puede existir–, sino porque la economía capitalista se vuelve notablemente dependiente de su forma especulativa. Es decir, la disputa entre variantes

14 Se suele usar como sinónimo la categoría «oligarquía financiera» u «burguesía financiera». Nosotros preferimos usar el término de burguesía especulativa, ya que subraya el predominio de la especulación sobre la producción con más claridad. El término capital financiero, siguiendo a Lenin (2010), es la fusión del capital industrial y el capital bancario, por lo tanto, presupone una mixtura entre la producción y la especulación. A principios de siglo XX, ésta era oportuna, pero, actualmente, a pesar de que tal mixtura estar presente en algún grado, la desproporción en beneficio de la especulación amerita usar el término «burguesía especulativa».

distintas del capitalismo pierde el sentido que tuvo cuando distintas fracciones de la burguesía ostentaban fuerzas contradictorias en magnitudes similares. Dicho de otra forma, cuando una de las fuerzas acapara todo lo disputable, la disputa se vuelve inviable. Esto, en el terreno político, se expresa en el vaciamiento de la democracia liberal como espacio significativo de decisión. Esta prevalencia del capitalismo especulativo es propia de su crisis.¹⁵

La segunda crisis es la superestructural del proyecto socialista. Aquí, primero, es necesario señalar que, en el caso del socialismo, los aspectos ideológicos tienen más jerarquía que en el capitalismo, ya que, a diferencia de todas las sociedades predecesoras, éste es una construcción consciente.¹⁶ Ni las sociedades primitivas ni las modernas fueron creadas conscientemente. Esto se debe a que el socialismo se levanta en el tiempo en el que el hombre, a través de la ciencia, toma conciencia de su lugar en el tiempo y el espacio. Dicho esto, en el fin de la historia, el socialismo sufre una profunda crisis ideológica. Las organizaciones que lo defienden desconocen de qué se trata, ignoran por dónde avanzar y, consecuentemente, en un mundo donde el anticomunismo está vigente, son incapaces de seducir a las masas trabajadoras. Hasta se «enorgullecen» de no saber. Raúl Castro, el Secretario General del Partido Comunista de Cuba (quizás el mayor referente vivo de una experiencia clásica del socialismo real), se encarga de resaltar que «[...] *la edificación de la nueva sociedad en el orden económico es, en mi modesta opinión, también un trayecto hacia lo ignoto* [...]» (Castro Ruz, 2010). Este problema, a nuestro modo de ver, se basa en que los comunistas, tras la derrota moral, asumieron muchas tesis de sus «enemigos» liberales, como la idea de que la planificación es ineficiente y antidemocrática.

La cuestión es que este raciocinio significa desconocer lo que pasó en el socialismo real, ya que no fue la planificación la clave del colapso, sino el intento de perfeccionar la planificación con herramientas mercantiles

15 El prestigioso economista italiano Giovanni Arrighi (2007) argumenta que la financiarización –lo que entendemos como «especularización» siguiendo la nota al pie precedente– representa un síntoma de la crisis de un determinado ciclo sistémico de acumulación capitalista. En el caso concreto de nuestro tiempo, dice que la financiarización contemporánea es la expresión de la crisis del ciclo sistémico de acumulación con centro en Estados Unidos. Y, al mismo tiempo, maneja la tesis de que se presenta en auge un ciclo sistémico de acumulación con centro en China –no queda claro por qué dice que China desarrolla un nuevo ciclo sistémico de acumulación, negando que China sea una nación capitalista–. Compartimos la expresión de la financiarización como crisis, naturalmente, pero no compartimos la tesis del auge con centro en China, ya que la integración contemporánea la torna rehén del devenir de Estados Unidos. Es decir, la crisis de Estados Unidos es la crisis de China. Esta integración es claramente desarrollada por Souza (2001).

16 Como dice Cláudio Campos (1992: 48): «[...] *la sociedad socialista posee una característica que la distingue de todas las demás que la precedieron: ella sólo puede ser construida conscientemente* [...]» (traducción propia del idioma portugués).

—así como la integración del bloque socialista a los vaivenes del mercado capitalista—. La Unión Soviética, mientras avanzó hacia la socialización, creció a ritmos inéditos, convirtiéndose en una potencia mundial; en cambio, cuando, a mediados de siglo, se implementaron reformas de tipo mercantil, el crecimiento fue decreciendo y se tornó dependiente de los precios en el mercado capitalista. Después de la reforma del libermanista¹⁷ Alekséi Kosyguin, el producto per cápita pasó de aumentar 33% en el quinquenio 1966-70 a 24% en el 1971-75, 18% en el 1976-80 y 11% en el 1981-85 (Souza, 2001: 46). La implementación de la dirección mercantil no fue una mera decisión técnica, sino que era fruto de las contradicciones dentro del país. En la Unión Soviética, los koljoses representaban un vector muy potente en apoyo a la liberalización del mercado. Lo cual, además de entener el crecimiento, posibilitó la acumulación de capital que generó el sector de clase que promovió la caída del socialismo. Es decir, la historia soviética, además del asedio externo, estuvo caracterizada por la contradicción particular entre sus clases: el proletariado y el campesinado —o pequeña burguesía rural—. No tenemos el objetivo de analizar la historia soviética en el presente artículo, sino, tan sólo, demostrar que la izquierda del fin de la historia (salvo honrosas y no pocas excepciones) tiene una visión limitada de la experiencia socialista como consecuencia de sus límites ideológicos, los cuales están potencializados por la derrota moral sufrida tras la caída del bloque socialista.

En resumen, el capitalismo, una sociedad construida a partir del desarrollo mercantil, sufre una crisis en su base, la infraestructura. El socialismo, una sociedad impulsada por la ideología, también sufre una crisis en su base, en este caso, la superestructura. Tanto el capitalismo como el socialismo sufren una crisis asociada a su naturaleza. La democracia liberal del fin de la historia debe observarse en el marco de esta doble crisis.

6. Consideraciones finales

Como dice Goethe en su Fausto (2003: 141), «*La teoría es gris y solo el árbol [...] dorado de la vida es verde [...]*». Traducido a lo que viene a nuestro caso, esta cita puede entenderse como que la realidad es mucho más compleja que la abstracción, por lo que, frecuentemente, existirán elementos concretos capaces de negar las abstracciones. Dicho de forma clara, la tesis que planteamos, por su grado de abstracción, puede ser negada por particularidades de la realidad —es decir, la elección brasileña de 2018, donde Jair Bolsonaro y Fernando Haddad se disputaron la Presidencia en segundo

¹⁷ Libermanista refiere a la corriente inspirada en el economista Evséi Liberman, un economista que proponía incrementar la eficiencia vía mercantil. Puede verse Liberman (1973).

turno, no fue justamente elegir entre Coca-Cola y Pepsi—. No obstante, mismo en esa situación, el análisis abstracto —si parte de lo concreto— es absolutamente necesario para comprender de la forma más profunda posible la realidad concreta. El conocimiento del árbol es más profundo desde la óptica del botánico que desde la del oficinista. Por este motivo, entender la democracia liberal desde una perspectiva amplia es un aporte necesario para comprender sus manifestaciones concretas en su contexto.

En resumen, la democracia liberal, al entrar en un callejón sin salida, se encuentra en profunda crisis. No sería un fenómeno indeseable que la democracia liberal colapsara para darle paso a «[...] *la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza y del hombre contra el hombre* [...]» (Marx *apud* Id.; Engels, 1966: 82), pero este no parece ser el caso. Sin alternativas conscientes, la superación cualitativa del orden es una mera ilusión. Esto es especialmente grave, ya que la transformación radical es urgente, si tenemos en cuenta que el camino actual es un callejón sin salida donde el muro final está cerca.

En un primer momento, para salir de este atolladero, necesitamos concebir una alternativa viable. Para esto, podemos pensar en dos grandes líneas. La primera de ellas, como sugeríamos previamente, requiere revisar la historia de la experiencia socialista, el cual fue el intento más avanzado de superación de la sociedad capitalista. Desde nuestra perspectiva, una lectura profunda de la historia del socialismo real, como la realizada por los soviólogos estadounidenses Roger Keeran y Thomas Kenny (2015), contribuye notablemente a que nos despojemos de tesis incorrectas sobre lo que pasó. Esto es definitorio, ya que la explicación del fracaso soviético tiene consecuencias muy influyentes para el futuro. No es lo mismo decir que el socialismo fracasó por la excesiva centralización, que decir que el socialismo comenzó a caer desde el momento que comenzó la descentralización de su economía centralizada en los años cincuenta; si se acepta la primera premisa, la consecuencia es que el socialismo no tiene futuro; en cambio, si se acepta la segunda, la consecuencia es que el socialismo no puede desarrollarse utilizando las herramientas del capitalismo. La segunda línea es trabajar en la imaginación de la alternativa. Este es el primer paso para el plan. Un arquitecto, antes que realizar el plano, imagina su obra. En tal sentido, trabajos como los de Paul Cockshott y Maxi Nieto (2017) son especialmente auspiciosos. Ellos demuestran con rigurosidad científica, la viabilidad de una sociedad moral y materialmente superior que nos puede brindar el desarrollo técnico contemporáneo —donde la informática juega un rol superlativo—.

A modo de cierre, reafirmamos que la democracia profunda requiere la superación la democracia liberal. La democracia en una sociedad con mil millones y hambrientos es una verdadera quimera. Pero la superación deseable no nacerá espontáneamente, tiene como condición *sine qua non* la comprensión profunda, comprometida y colectiva del problema. Por ende, aunque sea perogrullesco decirlo, nuestra pretensión se encuentra a años luz de agotar el tema. Pero, mismo en esas circunstancias, si con la presente contribución logramos advertir algunos aspectos que contribuyan a dar cuenta del problema, generando nuevos abordajes que coloquen la crítica profunda en el centro, nos sentimos más que satisfechos por el esfuerzo realizado.

Referencias

- Arrighi, Giovanni. (2007) *Adam Smith en Pekín: Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal.
- Bolsonaro afirma que Argentina va 'pésimamente mal' por culpa del 'comunismo'. *Andina*, Lima, 29 oct. 2020. Disponible en: <<https://bit.ly/3isit6H>> Acceso en: 14 ene. 2021.
- Campos, Cláudio. (1992) *A História Continua*. São Paulo: Gráficas brasileiras.
- Casanova, Agustín. (2017) *La noción de propiedad estatal en el concepto de socialismo del siglo XXI*. Tesis de Maestría. Moscú: Universidad Rusa de Amistad de los Pueblos.
- Castro Ruz, Raúl. Raúl Castro: «Las medidas que estamos aplicando están dirigidas a preservar el socialismo». *Cubadebate*, 18 dic. 2010. Disponible en: <<https://bit.ly/2VNfvlo>> Acceso en: 15 ene. 2021.
- Chega. - *Estatutos Partido Chega*. Disponible en: <<https://bit.ly/3zd74hS>> Acceso en: 16 ene. 2021.
- Cobarrubia Gómez, Faustino. (2020). «La economía mundial en el laberinto de la pandemia COVID-19: ¿el ocaso de la globalización neoliberal». En *Temas de Economía mundial*. No. 38. (pp. 4-30)
- Cockshott, Paul; Nieto, Maxi. (2017). *Ciber-comunismo: Planificación económica, computadora y democracia*. Madrid: Trotta.
- Duclos, Marcelo. Javier Milei: «El que dice neoliberal es un bruto». *Panam Post*. 18 feb. 2017. Disponible en: <<https://bit.ly/3im2ve9>> Acceso en: 25 ene. 2021.
- Echarte Fernández, Miguel Ángel; Martínez Hernández, Mario; Zambrano, Oskary. (2018). Un análisis de la crisis económica de Venezuela desde los postulados de la Escuela Austríaca de Economía. En *Revista Lasallista de Investigación*. Vol. 15. No. 2. (pp. 68-82).
- Estos son los 100 nombres más comunes de México. AAVV. *El País*, Madrid, 28 dic. 2020a. Disponible en: <<https://bit.ly/2TiuCT1>> Acceso en: 12 ene. 2021.
- Fukuyama, Francis. (1990). «¿El fin de la historia?» En *Estudios Públicos*. No. 37 (pp. 5-31).

- Galán, Javier. Los apellidos más comunes de México. *El País*, Madrid, 1 feb. 2017. Disponible en: <<https://bit.ly/3wMSR9F>> Acceso en: 12 ene. 2021.
- Goethe, Johann Wolfgang. (2003). *Fausto I*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Hardt, Michael; Negri, Antonio. La constitución de lo común y las razones de la izquierda. *Rebelión*, 30 dic. 2011. Disponible en: <<https://bit.ly/3hNDvO1>> Acceso en: 14 ene. 2021.
- Hobsbawm, Eric. (1995) *Era dos extremos: O breve século XX 1914-1991*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Javier Milei, con Viviana Canosa: «Detesto a los zurdos porque odian la vida». *La Nación*, Buenos Aires, 10 nov. 2020. Disponible en: <<https://bit.ly/36Liu04>> Acceso en: 25 ene. 2021.
- Katz, Richard; Mair, Peter. (2004). «El partido cartel: La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos». En *Zona Abierta*. No. 108-109 (pp. 9-42).
- Keeran, Roger; Kenny, Thomas. (2015). *Socialismo Traicionado: Tras el colapso de la Unión Soviética (1917-1991)*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Lenin, Vladimir Ilich. (2017). *El Estado y la revolución*. Caracas: MiPPCI, 2017.
- Lenin, Vladimir Ilich. (2010). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Liberman, Evséi. (1973) *Plan y beneficio en la economía soviética*. Madrid: Ariel.
- Lincoln, Abraham. (2000). «Gettysburg Address». En R. Blaug & J. Schwarzmantel (Eds.) *Democracy: A Reader*. New York: Columbia University.
- Los 50 más ricos del mundo elevan su fortuna en 640.000 millones en el año del Covid. *El País*, Madrid, 31 dic. 2020b. Disponible en: <<https://bit.ly/3imA1kr>> Acceso en: 12 ene. 2021.
- Macpherson, Crawford. (1997). *La democracia liberal y su época*. Madrid: Alianza.
- Marx, Karl. (2009) *El Capital*. Tomo III/Vol.6. Libro Tercero: El proceso global de la producción capitalista. México: Siglo XXI.
- Marx, Carlos; Engels, Federico. (1966). *Escritos económicos varios*. México: Grijalbo.
- Moro, Tomás. (2009). *Utopía*. Buenos Aires, Libertador.
- Movimiento al Socialismo - Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP). (2020). Programa de Gobierno: *Agenda del Pueblo para el Bicentenario y el Vivir Bien*. La Paz: MAS-IPSP.
- Núñez, Sandino (2016). *Prohibido Pensar*. Montevideo: Hum.
- Piketty, Thomas. (2020) *Capital e Ideología*. Lisboa: Temas e Debates.
- Pinheiro, Eduardo. Esquerda pouco ousada favorece autoritarismo, diz Piketty. Socialismo criativo: A esquerda democrática no século XXI. 10 dic. 2020. Acceso en: <<https://bit.ly/3ewTJJr>> Acceso en: 14 ene. 2021.
- Schmitt, Carl. (1990) *Sobre el parlamentarismo*. Madrid: Tecnos.

Schumpeter, Joseph (1961). *Capitalismo, Socialismo e Democracia*. Rio de Janeiro: Fundo de Cultura.

Souza, Nilson Araújo de. (2001). *Ascensão e queda do Império Americano*. São Paulo: Mandacaru.

The Economist. (2018). *Democracy Index 2017: Free speech under attack*. London: The Economist.

Wallerstein, Immanuel. Elecciones europeas: ¿se sostiene el centro? *La Jornada*, México, 20 may. 2012. Disponible en: <<https://bit.ly/36HA059>> Acceso en: 13 ene. 2021.

Белкин, Леонид Михайлович [Belkin, Leonid Mijailovich (en ruso)] (2015). Законы Украины от 9 апреля 2015 года о декоммунизации как фактор восстановления исторической справедливости [Leyes de Ucrania del 9 de abril de 2015 como factor de restauración de la justicia histórica (en ruso)]. En *Часопис Академії адвокатури України* [Jornal de la Academia de Abogados de Ucrania (en ucraniano)]. T. 8. No. 2. (pp. 9-24).